

propias! ¡Y él, el miserable, hombre indigno, cobarde, estaba filosofando y su honor sin vengar todavía... Había que empezar, volaba el tiempo!... ¡Otro tormento! ¡el orden de la función, el orden de la trama! ¿por dónde iba á empezar, qué iba á decir, qué iba á hacer, cómo la mataba á ella, cómo le buscaba á él?»

El reloj de la catedral dió las siete y media.

De un brinco se puso Quintanar en pié.

—¡Media hora! media hora en un minuto; y no he oído el cuarto...

Y Frígilis va á llegar... y yo no he resuelto...

Don Víctor tuvo conciencia clara de que su voluntad estaba inerte, no podía resolver. Se despreció profundamente, pero más profundo que el desprecio fué el consuelo que sintió al comprender que no tenía valor para matar á nadie, así, tan de repente.

—Ó subo y la mato ahora mismo, antes que llegue Tomás, ó ya no la mato hoy...

Volvió á caer sentado en la mecedora, y aliviada su angustia con la laxitud del ánimo, que ya no luchaba con la impotencia de la voluntad, recobró parte de su vigor el sentimiento, y el dolor de la traición le pinchó por la vez primera con fuerza bastante para arrancarle lágrimas.

Lloró como un anciano, y pensó en que ya lo era. Jamás se le había ocurrido tal idea. Su temperamento le engañaba, fingiendo una juventud sin fin; la desgracia al herirle de repente le destañía, como un chubasco, todas las canas del espíritu.

«Ay, sí, era un pobre viejo; un pobre viejo, y le engañaban, se burlaban de él. Llegaba la edad en que iba á necesitar una compañera, como un báculo... y el báculo se le rompía en las manos, la compañera le hacía traición, iba á estar solo... solo; le abandonaban la mujer y el amigo....»

El dolor, la lástima de sí mismo, trajeron á su pen-

samiento ideas más naturales y oportunas que las que despertara, entre fantasmas de fiebre y de insomnio, la indignación contrahecha por las lecturas románticas y combatida por la pereza, el egoísmo y la flaqueza del carácter.

No sentía celos, no sentía en aquel momento la vergüenza de la deshonra, no pensaba ya en el mundo, en el ridículo que sobre él caería; pensaba en la traición, sentía el engaño de aquella Ana á quien había dado su honor, su vida, todo. ¡Ay, ahora veía que su cariño era más hondo de lo que él mismo creyera; quería más ahora que nunca, pero claramente sentía que no era aquel amor de amante, amor de esposo enamorado, sino como de amigo tierno, y de padre... sí, de padre dulce, indulgente y deseoso de cuidados y atenciones.

«¡Matarla!—eso se decía pronto—¡pero matarla!... Bah, bah... los cómicos matan en seguida, los poetas también, porque no matan de veras... pero una persona honrada, un cristiano no mata así, de repente, sin morir él de dolor, á las personas á quien vive unido con todos los lazos del cariño, de la costumbre... Su Ana era como su hija... Y él sentía su deshonra como la siente un padre; quería castigar, quería vengarse, pero matar era mucho. No, no tendría valor ni hoy ni mañana, ni nunca, ¿para qué engañarse á sí mismo? Mata el que se ciega, el que aborrece, él no estaba ciego, no aborrecía, estaba triste hasta la muerte, ahogándose entre lágrimas heladas; sentía la herida, comprendía todo lo ingrata que era ella, pero no la aborrecía, no quería, no podría matarla. Al otro sí; Alvaro tenía que morir; pero frente á frente, en duelo, no de un tiro, no; con una espada lo mataría, aquello era más noble, más digno de él. Frígilis tenía que encargarse de todo. Pero ¿cuándo? ¿ahora? ¿en cuánto llegase? No... tampoco se atrevía á decirselo así, de repente.

Después de hablar con alma humana de tan vergonzoso descubrimiento, ya no había modo de volverse atrás, esto es, de cambiar de resolución, de aplazar ni modificar la venganza. En cuanto á alguien lo supiera había que proceder de prisa, con violencia; lo exigía así el mundo, las ideas del honor; él era al fin un marido burlado... Y á ella habría que llevarla á un convento. Y él, él se volvería á su tierra, si no le mataba Mesía; se escondería en La Almunia de Don Godino.»

Al llegar aquí se acordó el infeliz esposo que Ana, meses antes, le proponía un viaje á la Almunia. «¡Tal vez si él hubiera aceptado, se hubiese evitado aquella desgracia... irreparable. Sí, irreparable, ¿qué duda cabía?»

«¿Y Petra? ¡Maldita sea! Petra... ¡Es ella quien me hace tan desgraciado, quien me arroja en este pozo oscuro de tristeza, de donde ya no saldré aunque mate al mundo entero; aunque haga pedazos á Mesía y entierre viva á la pobre Ana... ¡Ay, Ana también va á ser bien infeliz!»

La catedral dió ocho campanadas. «¡Las ocho! Ahora debía yo despertar... y no sabría nada.»

Este pensamiento le avergonzó. En su cerebro estalló la palabra grosera con que el vulgo mal hablado nombra á los maridos que toleran su deshonor... y la ira volvió á encenderse en su pecho, sopló con fuerza y barrió el dolor tierno... «¡Venganza! ¡venganza!—se dijo—ó soy un miserable, un sér digno de desprecio...»

Sintió pasos sobre la arena, levantó la cabeza y vió á su lado á Frigilis.

—¡Hola! parece que se ha madrugado—dijo Crespo, que gustaba de ser siempre el primero.

—Vamos, vamos—contestó don Víctor, volviendo á levantarse y después de colgar la escopeta del hombro.

La presencia de Frigilis le había asustado; sacó fuer-

zas de flaqueza para tomar un partido de repente. Se resolvió por fin. Resolvió callar, disimular, ir á caza. «Allá en los prados de las marismas, cuando se quedara solo en acecho, en todo aquel día triste que iba á ser tan largo, meditaría... y á la vuelta, á la vuelta acaso tendría ya formado su plan, y consultaría con Tomás y le mandaría á desafiar al otro, si era esto lo que procedía. Por ahora callar, disimular. Aquello no podía echarse á volar así como quiera. El descubrimiento que debía á Petra no era para revelado sin su cuenta y razón. Á Frigilis podía decirsele todo, pero a su tiempo.»

Salieron del parque. El mismo Quintanar cerró la verja con su llave. Crespo iba delante. Miró don Víctor hacia el fondo de la huerta, hacia el caserón que ya le parecía otro... «¿Qué hacía? ¿Era un cobarde aplazando su venganza? No, porque... Ellos no sospechaban nada, no escaparían, no había miedo. Silencio y disimulo, esto hacía falta ahora. Y reflexionar mucho. Cualquier cosa que hiciera ¡iba á ser tan grave! Le acongojaba la idea de la inmensa responsabilidad de sus próximos actos. El sentir que de su voluntad siempre tornadiza, impresionable y débil iban ahora á depender sucesos tan importantes, la suerte de varias personas, le sumía en una especie de pánico taciturno y desesperado. Veleidades tenía de llamar á Frigilis, decirsele todo, ponerlo en sus manos todo... «Frigilis, aunque era un soñador, llegado el caso tenía mejor sentido que él; sabría ser más práctico.... ¿Qué haría?»

Por lo pronto seguir á Tomás á la estación. Y callar. Para hablar siempre era tiempo.

La mañana seguía cenicienta; nubes y más nubes plumizas salían como de un telar de los picos y mesetas del Corfín, caían sobre la Sierra, se arrastraban por sus cumbres, resbalaban hacia Vetusta y llenaban el espacio de una tristeza gris, muda y sorda.

«No hace frío, observó Frígilis al llegar á la estación. No llevaba más abrigo que su bufanda á cuadros. Pero decía él que su cazadora valía por la piel de un proboscido. No le entraban balas ni catarros.

En cambio Quintanar, ceñido al cuerpo el capotón espeso, tenía que hacer esfuerzos para no dar diente con diente.

—No, no hace mucho frío—dijo, por miedo de delatarse.

«Afortunadamente este es un sonámbulo que no se fija nunca en si los demás tienen cara de risa ó cara de vinagre. Debo de estar pálido, desencajado... pero este egoísta no ve nada de eso.»

Entraron en un coche de tercera. En su mismo banco Frígilis encontró antiguos conocidos. Eran dos ganaderos que volvían de Castilla y después de hacer noche en Vetusta buscaban el amor de su hogar allá en la aldea. Crespo, como si no hubiera en el mundo penas, ni amigos que se ahogaban en ellas, alegre, con aquel insultante regocijo que le inspiraba á él la helada en las mañanas más frías del año, frotaba las manos y hablaba del precio de las reses, y de las ventajas de la parcería, locuaz, como nunca se le veía en Vetusta. Parecía que, según el tren se alejaba de los tejados de un rojo sucio, casi pardo de la ciudad triste, sumida en sueño y en niebla, el alma de Frígilis se ensanchaba, respiraba á su gusto aquel pulmón de hierro.

«No sospechaba aquel ciego, tan inoportunamente alegre y decididor, que su amigo, su mejor amigo, al romper la marcha el tren había tenido tentaciones de arrojarle al andén; y después, de tirarse por la ventanilla á la vía, y correr, correr desalado á Vetusta, entrar en el caserón de los Ozores y coser á puñaladas el pecho de una infame...»

Sí, todo esto había querido hacer don Víctor que se

sintió morir de vergüenza y de cólera contra los infames adúlteros y contra sí mismo, en cuanto notó que el tren se movía y le alejaba del lugar del crimen, de su deshonra y de su venganza necesaria...

«¡Soy un miserable, soy un miserable!» gritaba por dentro Quintanar mientras el tren volaba y Vetusta se quedaba allá lejos; tan lejos, que detrás de las lomas y de los árboles desnudos ya sólo se veía la torre de la catedral, como un gallardete negro destacándose en el fondo blanquecino de Corfín, envuelto por la niebla que el sol tibio iluminaba de soslayo.

«Huyo de mi deshonra, en vez de lavar la afrenta, huyo de ella... esto no tiene nombre ¡oh!... si lo tiene... Y ¡zás! el nombre que tenía aquello, según Quintanar, estallaba como un cohete de dinamita en el cerebro del pobre viejo.

«¡Soy un tal, soy un tal!» y se lo decía á sí mismo con todas sus letras, y tan alto que le parecía imposible que no le oyeran todos los presentes.

«Pero el tren huía de Vetusta, silbaba, le silbaba á él; y él no tenía el valor de arrojarle á tierra, de volver al pueblo... iba á tardar más de doce horas en ver el caserón, ¡aplazaba su venganza más de doce horas!...»

Pasaron un túnel y no quedó ya nada de Vetusta ni de su paisaje. Era otro panorama; estaban á espaldas de la sierra; montes rojizos, lomas monotonas como oleaje simétrico se extendían cerrando el horizonte á la izquierda de la vía. El cielo estaba oscuro por aquel lado, bajas las nubes, que como grandes sacos de ropa sucia se deshilachaban sobre las colinas de lontananza; á la derecha campos de maíz, ahora vacíos, enseñaban la tierra, negra con la humedad; entre las manchas de las tierras desnudas aparecían el monte bajo, de trecho en trecho, las pomaradas ahora tristes con sus manzanos sin hojas, con sus ramos afilados, que parecían manos y dedos de esqueleto. Por aquel lado el cielo prome-

tía despejarse, la niebla hacía palidecer las nubes altas y delgadas que empezaban á rasgarse. Sobre el horizonte, hacia el mar, se extendía una franja lechosa, uniforme y de un matiz constante. Sobre los castaños que semejaban ruinas y mostraban descubiertos los que eran en verano misterios de su follaje, sobre los bosques de robles y sobre los campos desnudos y las pomaradas tristes pasaban de cuando en cuando en triángulo macedónico bandadas de cuervos, que iban hacia el mar, como náufragos de la niebla, silenciosos á ratos, y á ratos lamentándose con graznar lúgubre que llegaba á la tierra apagado, como una queja subterránea.

Mientras Frigilis hablaba de la conveniencia de abandonar el cultivo del maíz y de cultivar los prados con intensidad, don Víctor, apoyada la cabeza sobre la tabla dura del coche de tercera miraba al cielo pardo y veía desaparecer entre la niebla una falange de cuervos por aquel desierto de aire. Ya parecían polvos de imprenta, después aprensión de la vista, después nada.

«¡Lugarejo, dos minutos!» gritó una voz rápida y ronca.

Don Víctor asomó la cabeza por la ventanilla. La estación, triste cabaña muy pintada de chocolate y muerta de frío, estaba al alcance de su mano ó poco más distante. Sobre la puerta, asomada á una ventana una mujer rubia, como de treinta años, daba de mamar á un niño.

«Es la mujer del jefe. Viven en este desierto. Felices ellos» pensó Quintanar.

Pasó el jefe de la estación que parecía un pordiosero. Era joven; más joven que la mujer de la ventana parecía.

«Se querrán. Ella por lo menos le será fiel.»

Después de esta conjetura don Víctor se dejó caer otra vez en su asiento. Cerró los ojos, tapó el rostro

cuánto pudo con una mano. El tren volvió á moverse. El ruido del hierro y de la madera y la trepidación uniforme eran como canción que atraía el sueño. Quintanar, sin pensar en ello, medía el ritmo de las ruedas pesadas y crugientes con el compás de una marcha que cantaba su tordo, aquel tordo orgullo de la casa... Después midió el paso del tren con los de cierta polka... y después se quedó dormido.

Media hora después llegaban á la estación en que dejaban el tren para tomar á pié la carretera que los conducía á las marismas de Palomares.

Don Víctor despertó asustado, gracias á un golpe que le dió en el hombro Frigilis.

Había soñado mil disparates inconexos; él mismo, vestido de canónigo con traje de coro, casaba en la iglesia parroquial del Vivero á don Alvaro y á la Regenta. Y don Alvaro estaba en traje de clérigo también, pero con bigote y perilla... Después los tres juntos se habían puesto á cantar el *Barbero*, la escena del piano; él, don Víctor, se había adelantado á las baterías para decir con voz cascada:

Quando la mia Rosina...

el público de las butacas había graznado al oírle como un solo espectador... Todas las butacas estaban llenas de cuervos que abrían el pico mucho y retorcián el pescezo con ondulaciones de culebra... «Una pesadilla» pensó Quintanar, y entre dormido y despierto emprendía la marcha á pié por la carretera de Palomares abajo. Estaban en Roca Tajada; á la derecha, á pico, se elevaba el monte Areo partido por aquel desfiladero; estrecha garganta por donde sólo cabían la angosta carretera y el río Abroño que se cruzaban en mitad de la hoz pasando el camino, perpendicular al río, por un puente de piedra blanca.

Después de almorzar en Roca-Tajada, en la taberna de Matiella, estanquero y albañil, grande amigo de Frígilis, los dos amigos cazadores dejaron el camino real, y por prados fangosos de yerba alta, de un verde oscuro, llegaron otra vez á las orillas del Abroño, allí más ancho, rodeado de juncos y arena, rizado por las ondas verdes que le mandaba el mar ya vecino.

Frígilis y Quintanar pasaron el río en una barca, comenzaron á subir una colina coronada por una aldea de casas blancas separadas por pomaradas y laureles, pinos de copa redonda y ancha y álamos esbeltos. El verde de los pinares y de los laureles y de algunos naranjos de las huertas, sobre el verde más claro de las praderas en declive, limpias y como recortadas con tijeras, alegraba la cumbre resaltando bajo el cielo lechoso y entre las paredes blancas, que se comían toda la luz del día, difusa y como cernida á través de las nubes delgadas. Según subían por la falda de la loma que era como primer escalón para la colina, el terreno se afirmaba, la hierba aclaraba su color y menguaba. Frígilis se detuvo y contempló el monte Areo que tenía en frente, el río ondulante que quedaba debajo y la franja del mar, azulada con pintas blancas, que se veía en un rincón del horizonte, en apariencia más alto que el río, como una pared oscura que subía hacia las nubes.

Quintanar se sentó sobre una peña que dejaba descubierta el prado. De la parte de Areo, cruzando sobre el río á mucha altura, vieron venir un bando de tordos de agua. Cuando estuvieron á tiro Frígilis disparó los de su escopeta con tan mala suerte, que no consiguió más que dispersar las apretadas filas.

—Tira tú, bobo!—gritó Crespo furioso.

Quintanar se levantó, apuntó, disparó y cuatro tordos de agua cayeron heridos por los perdigones que, según pensó en aquel instante don Víctor, debía tener

en los sesos el amigo traidor, el infame don Alvaro. «Sí, aquel tiro era el de Alvaro; los tordos, inocentes, caían á pares, y el ladrón de su honra vivía.» Y ¡cosa extraña! cuando allá en el Parque había estado apuntando á la cabeza de Mesía, no recordaba que el cartucho mortífero tenía carga de perdigón; suponíalo lleno de postas ó de balas.

Muy contra su voluntad, á pesar de la desgracia que tenía encima, el cazador sintió el placer de la vanidad satisfecha. «Frígilis había disparado dos tiros y... nada; disparaba él uno solo y... cuatro... Sí, cuatro, allí estaban, sangrando sobre el prado, mezclando las gotas rojas con la escarcha blanca de la yerba.

Media hora después Frígilis tomaba el desquite matando un soberbio pato marino. Quintanar, por gusto, mató un cuervo que no recogió.

Cazaron hasta las doce, hora de comer sus fiambres. Los perros de Frígilis se aburrían. Aquella caza en que ellos representaban un papel secundario, les parecía una vergüenza; bostezaban y obedecían mal á la voz del amo.

Después de comer los fiambres y de beber regulares tragos, don Víctor sintió su pena con intensidad cuatro veces mayor. Todo lo veía claro, toda la trascendencia de su descubrimiento del amanecer se le aparecía como un tratado clásico de historia. Lo que había sucedido, lo que iba á suceder, lo veía como en un panorama. Y sentía comezón de hablar y ansias de llorar. ¿Por qué no abría el pecho al amigo del alma, al verdadero, al único? No se lo abrió. «No era tiempo.»

Para perseguir un bando de peguetas que volaba de prado en prado, siempre alerta, se separaron. Aquellos pajarracos no se comían, pero Frígilis les tenía declarada la guerra porque se burlaban de los cazadores con una especie de ironía, de sarcasmo que parecía racional. Esperaban, fingían estar descuidados,

disimulaban su vigilancia, y al ir Frígilis á disparar, escondido tras un seto... volaban los condenados gritando como brujas sorprendidas en aquelarre. Por eso los perseguía tenaz, irritado.

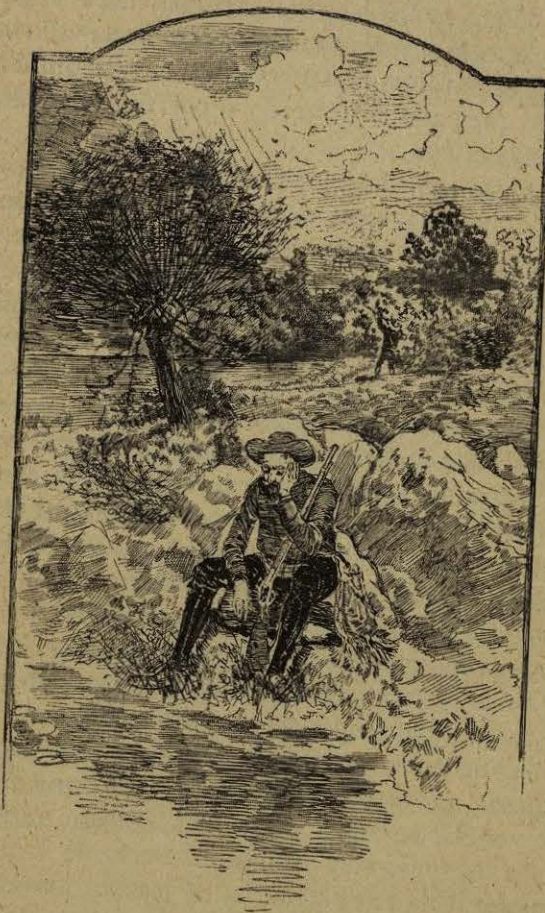
Se separaron. Si las peguetas iban por un lado al escapar del prado que cubrían ciñéndolo de negro, se encontraban con la descarga de Crespo; si tomaban por el otro lado, disparaba don Víctor.

El cual se quedó solo, sobre una loma dominando el valle. El sol no había conseguido disipar la niebla; se le vislumbraba detrás de un toldo blanquecino, como si fuera una luna de teatro hecha con un poco de aceite sobre un papel. Á lo lejos gritaban las agoreras aves de invierno, que después aparecían bajo las nubes, volando fuera de tiro, sin miedo al cazador, pero tristes, cansadas de la vida, suponía Quintanar.

«El campo estaba melancólico. El invierno parecía una desnudez. Y á pesar de todo, ¡qué hermosa era la naturaleza! qué tranquilamente reposaba... Los hombres, los hombres eran los que habían engendrado los odios, las traiciones, los leyes convencionales que atan á la desgracia el corazón!» La filosofía de Frígilis, aquel pensador agrónomo que despreciaba la sociedad con sus *falsos principios*, con sus preocupaciones, exageraciones y violencias, se le presentó á Quintanar, á quien el cuerpo repleto le pedía siesta, como la filosofía verdadera, la sabiduría única, eterna. «Vetusta, que quedaba allá, detrás de montes y montes, ¿qué era comparada con el ancho mundo? Nada; un punto. Y todas las ciudades, y todos los agujeros donde el hombre, esa hormiga, fabricaba su albergue, ¿qué eran comparados con los bosques vírgenes, los desiertos, las cordilleras, los vastos mares?... Nada. Y las leyes de honor, las preocupaciones de la vida social todas, ¿qué eran al lado de las grandes y fijas y naturales leyes á qué obedecían los astros en el cielo, las olas en

el mar, el fuego bajo la tierra, la savia circulando por las plantas?»

Vivos deseos sintió Quintanar por un momento de



«echar raíces y ramas, y llenarse de musgo como un roble secular de aquellos que veía coronando las cimas del monte Areo. «Vegetar era mucho mejor que vivir.» Oyó un tiro lejano, después el estrépito de las pe-

guetas que volaban riéndose con estridentes chillidos; las vió pasar sobre su cabeza. No se movió. Que se fueran al diablo. Él estaba pensando en Tomás Kempis. Sí, Kempis, á quien había olvidado, tenía razón; donde quiera estaba la cruz. «Arregla, decía el sabio asceta, arregla y ordena todas las cosas según tu modo de ver y según tu voluntad, y verás que siempre tienes algo que padecer de grado ó por fuerza; siempre hallarás la cruz.»

Y también recordaba lo de: «Algunas veces parecerá que Dios te deja, otras veces serás mortificado por el prójimo; y lo que es más, muchas veces te serás molesto á ti mismo.»

«¡Sí, el prójimo me mortifica, y yo mismo me molesto, me hago daño hasta sangrar el alma... No sé lo qué debo hacer, ni lo que debo pensar siquiera. Anita me engaña, es una infame sí... pero ¿y yo? ¿No la engaña yo á ella? ¿Con qué derecho uní mi frialdad de viejo distraído y frío á los ardores y á los sueños de su juventud romántica y extremosa? ¿Y por qué alegué derechos de mi edad para no servir como soldado del matrimonio y pretendí después batirme como contrabandista del adulterio? ¿Dejará de ser adulterio el del hombre también, digan lo que quieran las leyes?»

Le daba ira encontrarse tan filósofo, pero no podía otra cosa. Comprendía que aquellas meditaciones le alejaban de su venganza, que en el fondo del alma él no quería ya vengarse, quería castigar como un juez recto y salvar su honor, nada más. Y esto mismo le irritaba. Después volvía la lástima tierna de sí mismo, la imagen de la vejez solitaria... y los alcaravanes, allá en el cielo gris, iban cantando sus ayes como quien recita el *Kempis* en una lengua desconocida.

«Sí, la tristeza era universal; todo el mundo era podredumbre; el ser humano lo más podrido de todo.»

Y siempre sacaba en consecuencia que él no sabía

lo que debía hacer, ni siquiera lo que debía pensar, ni aun lo que debía sentir.

«De todas suertes, las comedias de capa y espada mentían como bellacas; el mundo no era lo que ellas decían: al prójimo no se le atraviesa el cuerpo sin darle tiempo más que para recitar una redondilla. Los hombres honrados y cristianos no matan tanto ni tan deprisa.»—

De noche, en el tren, cuando volvían solos á Vetusta en un coche de segunda, por miedo al frío de los de tercera, Frigilis, que miraba el paisaje triste á la luz de la luna, que aquella vez había podido más que el sol y había roto las nubes, Frigilis sintió un suspiro como un barreno detrás de sí, y volvió la cabeza, diciendo:

—¿Qué te pasa, hombre? Todo el día te he visto preocupado, tristón... ¿qué pasa?

La lamparilla del techo que alumbraba dos departamentos, apenas rompía las tinieblas de aquel coche que parecía caja de muerto.

Frigilis no podía ver bien el rostro de don Víctor, pero le oyó, de repente, llorar como un chiquillo, y sintió la cabeza fuerte y blanca de Quintanar apoyada en el hombro del amigo. Sí, se apoyaba el pobre viejo con cariño, confianza, y con la fuerza con que se deja caer un muerto. Parecía aquello la abdicación de su pensamiento, de toda iniciativa.

—Tomás, necesito que me aconsejes. Soy muy desgraciado; escucha...